

CAPÍTULO III

JUSTINIANO (1).

Si la casualidad ó la astucia no hubieran encumbrado á Justino al trono, Upranda, su sobrino, nacido en la indigencia en Tauresio, junto á los confines de la Tracia y de la Iliria, hubiera vivido y hubiera muerto pastor en su oscuridad nativa. Su tío le hizo venir á la corte, y su nombre, traducido al estilo latino en el de Justiniano, (2) nos recuerda al único grande hombre entre los abyectos que ocuparon ó embarazaron el palacio imperial de Constantinopla.

Se grangeó el valimiento de su tío desembarazándole de Vitaliano. Sin embargo, por la hostia consagrada había prometido éste la vida, y de esta suerte, sin haber desenvainado nunca la espada, se encontró á la cabeza de todos los ejércitos del imperio. Hizose grato á los ojos del pueblo mostrándose católico y gastando 280,000 monedas de oro en magníficas fiestas durante su consulado:

(1) Además de los autores ya citados, se puede consultar á Procopio, que en sus obras *De bello persico*, libro II, *De bello vandalico*, lib. II, *De bello gotico*, libro IV, hace constantemente el panegirico de Justiniano, y en las *Anecdotos ó Historia secreta* le satiriza. Véanse así mismo:

AGATHIAS, *De imperio et rebus gestis Justiniani*.
MENANDER, en los *Estractos de las embajadas*.
Chronicon paschale, seu Fasti siculi.
CEDRENO, *compendium historiarum*.
PABLO SILENCIARIO, *Descriptio Sancte Sophiae*.
ZONARAS, *Annales*.

Historia miscella, compilacion del siglo XI.
D' HERBELOT nos suministra en la *Biblioteca orientalis*, suplementos sacados de autores árabes y persas.

J. P. DE LUDWIG.—*Vita Justiniani Magni*, Halle, 1731.

Es un panegirico.

(2) De la raíz *upright*, justo. Así su padre, *istok*, tronco, fué llamado Sabacio, y Biglenisa, su madre, Vigilancia.

tambien se grangeó el afecto de los senadores, que habian adquirido cierto poder bajo el débil Anastasio, y entre los cuales se contaban á la sazón los oficiales de la milicia, capaces de sostener ó de derrocar á una faccion con las guardias domésticas. Avidos estos de dinero suplicaron á Justino que adoptara á su sobrino por colega; aunque la envidia hizo murmurar al emperador, agotadas sus fuerzas por una herida, se decidió á dar la diadema á Justiniano en presencia de los senadores y del patriarca. Aquel fué saludado en el circo por el pueblo (1.º de abril de 527); y habiendo muerto cuatro meses después su tío, se vió á los cuarenta y cinco años soberano de Oriente.

Teodora.—Pero tambien él tenia quien le dominase. El cipriota Acacio, maestro de los osos de la faccion de los verdes, dejó al morir en la más desastrosa miseria á su familia. ¿Qué hace su viuda? Un dia de gran concurrencia espone en medio del circo á sus tres hijas, de las cuales la mayor no pasaba de siete años. Otórganles los azules la compasion que les habian negado los verdes y las toman bajo su patrocinio. Fueron, pues, entregadas á la prostitucion antes de la edad las infelices. Teodora, que superaba á sus hermanas en belleza y en lujuria, era ensalzada hasta las nubes siempre que con su pantomima imitaba en el teatro la alegría, el dolor, la embriaguez voluptuosa, ostentando además en toda su desnudez sus atractivos que eran del que queria pagárselos (3). Aquel vergonzoso abuso de sus encantos no la estorbó ser madre de un hijo que, llevado por su padre á Arabia, fué en busca de Teodora luego que su situacion

(3) Se halla en la *Menagiana*, en griego y en latin, el trozo de Procopio que falta en todas las ediciones y en que están narrados increíbles desórdenes.

había cambiado; inspiracion bien funesta, puesto que él desapareció al punto.

Advertida por un sueño ó por su ambicion de que podia llegar á ser reina, adoptó un género de vida más regular, ya que no más casto. Justiniano, patricio entonces, se enamoró de ella tan perdidamente, que no descansó hasta que la tuvo por esposa. Vedaban las leyes á los senadores contraer matrimonio con una mujer nacida en condicion servil ó que hubiera salido al teatro, y la emperatriz viuda jamás hubiera sufrido que ingresara en su familia una persona difamada. Pero Justiniano aguardó á que muriera Lupicina, y sin tener en cuenta el disgusto de su madre, en nombre de Justino abolió la antigua ley, «á fin de que quedara abierto el camino del arrepentimiento á aquellas que se hubieran prostituido en las tablas.»

Casóse con Teodora, y después de la muerte de Justino, la coronó, no solo como emperatriz, sino tambien como su colega independiente, é hizo que los grandes del imperio le prestaran juramento. Ni aun la diatriba violenta de un encarnizado enemigo suyo, al que son debidas tal vez algunas de las acusaciones que hemos espuesto, tacha la honestidad de Teodora desde que fué emperatriz; pero los hábitos de su juventud la hacian muy cuidadosa de su hermosura y de los placeres: así rodeada de doncellas y de eunucos iba á distraerse á las deliciosas casas de recreo que tenia á orillas del mar. Pasando allí del baño á la mesa daba audiencia á los grandes personajes que acudian á reclamar su patrocinio; arbitra suprema de la voluntad de su marido elevaba ó humillaba á su antojo. Amontonaba tesoros por miedo de que un capricho de la fortuna volviera á sepultarla en su nada. Además, asalariaba á una numerosa tropa de espías, y en virtud de sus denuncias hacia arrastrar á infelices á las cárceles particulares de donde no salian nunca, ó que solo abandonaban después de mutilados.

Por lo demás manifestaba gran devocion: Justiniano fundó por su consejo muchos establecimientos piadosos, entre los cuales se contaba uno nuevo, destinado á recibir á quinientas mujeres de mala vida: á ella atribuía el emperador el mérito de sus leyes. Le auxilió no solo con sus consejos, sino tambien con su valor, especialmente con motivo de las facciones de los prasinios y venetos.

Azules y verdes.—Las divisiones teatrales de estos fomentaban las discordias entre las familias y los Estados, no menos que en otros tiempos las facciones de los güelfos y gibelinos, de la rosa blanca y de la rosa encarnada; hasta las mujeres escluidas del circo tomaron parte en aquellas divisiones, y sin el patrocinio de una faccion nunca se llegaba á una dignidad ó á un empleo. Pretendióse que los verdes defendian la causa y la herejia de Anastasio, á la par que los azules permanecian fieles á Justiniano y á la fe ortodoxa. Teodora sostenia á estos últimos, en memoria del favor de que ella y sus hermanas habian sido objeto, con todas

las intrigas y toda la obstinacion de una ambicion vengativa. Fuertes con tal apoyo duplicaban su insolencia, y vestidos á estilo de los bárbaros, se paseaban de dia llevando ocultos puñales; y luego se reunían de noche en numerosas cuadrillas, permitiéndose toda clase de excesos contra los ciudadanos pacíficos y contra los verdes; de aquí resultaba que hasta en tiempos de paz ofrecia Constantinopla el aspecto de una ciudad tomada por asalto. La parcialidad imperial dejaba impune el estupro, el sacrilegio, el asesinato, á la par que los que habian sido ultrajados y los verdes exacerbaban aquellos horrores, ó aumentándolos en la ciudad, ó lanzándose armados á los bosques y á los caminos. Los magistrados que se aventuraban á castigarlos, encontraban rudos obstáculos, y con frecuencia corrian ellos tambien graves peligros.

Rebelion de Nika.—En el año quinto de su reinado (535), en la época en que se celebraban los idus de enero, asistia Justiniano á los juegos del circo; acababa de terminarse la vigésima segunda carrera (habia veinte y cinco), sin que se hubiese pronunciado ninguna palabra de aprobacion ni de desaprobacion, cuando se oyen gritos de repente, y esclaman los verdes: «¿Cuan desgraciados somos! Se nos oprime, aunque inocentes: se ejercen respecto de nuestro nombre y color tales persecuciones, que no osamos tomar parte en las carreras. Rehúsasenos toda justicia. Prontos estamos á morir ¡oh emperador! pero por vuestro servicio y vuestro mandato.»

Reprendiólos Justiniano; pero ellos, irritados, le llenaron de injurias. Los azules, montando en cólera, vinieron á las manos con sus adversarios, y queriendo aventajarse mutuamente en violencias, fueron abiertas las cárceles, se prendió fuego al palacio del prefecto, y fueron rechazados los guardias de los bárbaros, que no habian respetado á los eclesiásticos que acudieron á calmar aquel tumulto. Ya se combatia en todos los sitios con las armas suministradas por el furor; ya se elevaban en diferentes barrios llamas mortíferas; y el grito de *nika*, esto es, vence, fué la señal de los estragos que ensangrentaron á Bizancio durante cinco dias.

Entonces se unen los azules y los verdes para quejarse de la administracion de Justiniano, quien se ve precisado á deponer al cuestor Tribonio y al prefecto Juan de Capadocia; pero aumentando el peligro, se retira á la ciudadela. Tambien pensaba en huir por mar con su familia y sus tesoros, cuando le detiene Teodora, y manifestando valor en el momento que todos lo habian perdido, le dice: «El palacio imperial es un sepulcro glorioso; vale más que un miserable destierro ó una muerte vergonzosa.»

La indicacion hizo permanecer firme á Justiniano quien reanima las hostilidades que se habian apagado entre las dos facciones. Para mostrar su arrepentimiento los azules secundan los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo; Hipacio, sobrino de Anastasio, á quien habian revestido los

rebeldes con la púrpura, fué preso y condenado á muerte con diez y ocho cómplices ilustres. Fueron arrasados sus palacios, y sus cadáveres arrojados al mar.

Millares de ciudadanos perecieron en aquellas jornadas, ejerciose después á su vez la venganza legal. ¡Piénsese en las riquezas consumidas en aquel desastre, sobre todo por el incendio que se propagó en medio de una ciudad heredera de la que habia despojado á todas las naciones! También tuvieron porqué lamentar las bellas artes, pues el fuego consumió el gimnasio público de Zeuxipo, museo fundado por Septimio Severo, que habia colocado allí las obras más notables de los antiguos artistas (4). Mudo permaneció por algun tiempo el hipódromo, en el cual treinta mil personas habian recibido la muerte, pero tan pronto como se volvió á abrir, estallaron de nuevo los clamores de las dos facciones siempre alerta, y que acabaron de debilitar el imperio.

Prosiguiendo nuestro comenzado relato de Justiniano hablaremos separadamente de sus operaciones militares y de su administracion.

Persia.—Obraban de la misma manera los hunos neftalitas, hordas guerreras establecidas allende el Óxo, con los shahs Sasánidas, que los germanos con los emperadores, exigiendo tributos é inquietando las fronteras. Resultó de esto que precisados los persas á atender á sí mismos, dejaron descansar el imperio durante cerca de un siglo.

Varanes IV, que gobernó veinte y tres años la Persia con honor, rechazó á los turcos (440) y celebró con Teodosio el Joven una paz de cien años, trasmitió la diadema á su hijo Isdegerdes II; disputáronse á su muerte sus dos hijos Ormuz y Firuz (Peroso): alcanzóla este último, gracias á los socorros de los hunos (457), dió muerte á su hermano, asegurándose en el trono por la crueldad; hizo después una guerra desgraciada á los hunos, que ya eran sus enemigos.

Balask, su hijo, fué despojado del reino (488) y privado de la vista por haberse mostrado poco favorable á la religion de los magos; fué sustituido por Cobad (ó Cavad), su hermano (491), cuyo celo por aquella religion llegó hasta el grado de querer convertir á los armenios. Habiéndose estos sublevado, degollaron á los magos y á las tropas que habian venido para castigarles. Este golpe, las

(4) Estátuas y bustos de Deifobo; Esquines en actitud de hablar; Aristóteles reflexionando; Demóstenes meditando; Palefato pronunciando oráculos en medio de coronas de flores; Hesiodo conversando con las musas; Crises suplicante; César con los atributos de Júpiter; Alcibiades hablando; Venus con el pecho desnudo; Febo con la cabellera ondulante; Safo sentada; el poeta trágico Eurípides; el filósofo Anaximenes; el grupo de Neptuno y Amimone; Simónides acompañándose con la lira; Calcás titubeando en manifestar la voluntad de los dioses; Pirro, hijo de Aquiles, estendiendo la mano hácia sus armas.

crueldades del príncipe (5), y su ingratitude para con un general que le habia servido bien, irritaron hasta tal extremo al pueblo, que puso á Cobad en un calabozo (497) y colocó en su lugar á Zamaspeces. Pero la esposa de Cobad logró ganar con su amor al carcelero del destronado príncipe, y pudo así facilitar su fuga al país de los hunos.

Fué allí bien acogido por su rey, quien le proporcionó tropas, con ayuda de las cuales derribó á Zamaspeces, le privó de la vista, ascendió de nuevo al trono y castigó á los rebeldes. Con objeto de recompensar á los hunos, pidió en empréstito una suma de dinero al emperador Anastasio (502) y habiéndosela este negado, invadió la Armenia, ocupó á Teodosiópolis y Martirópolis y sitió á Amida. Los habitantes de esta última ciudad, donde no habia guarnicion, se defendieron tan bien, que en vano desplegó Cobad contra ellos por espacio de algunos meses su gran valor y habilidad. Habiendo sin embargo guardado mal una torre los monjes que tambien habian tomado las armas, esta fué tomada, y los moradores de la ciudad fueron pasados á cuchillo. Habiéndose presentado uno de los ciudadanos delante del rey de Persia, le manifestó que era indigno de un héroe encruelcerse con los vencidos. «¿Por qué, exclamó el rey, os habeis atrevido á resistirme tanto tiempo?—Por que, respondió el anciano, Dios queria que debieseis la victoria á vuestro valor y no á nuestra cobardía.» Agradó la respuesta á Cobad quien perdonó á los pocos que quedaban aun con vida (6).

Al saberse aquellas tristes nuevas, Anastasio envió un ejército mandado por el valiente Areobindo; pero sin libertad de poder obrar á causa de Hipacio y Patricio, hombres envidiosos y sin talento, que se le dieron como colegas, fué derrotado. Pro-

(5) Se pretende que dió un decreto por el cual se prohibía á todas las mujeres de sus Estados negar sus favores á cualquiera que se los pidiese. Créalo quien quiera.

(6) Los historiadores orientales son muy posteriores, pero se apoyan en autoridades antiguas. Los más importantes son:

NICKY BEN MASSOUD, del cual se encuentran algunos extractos en las páginas 315 á 385, tomo II, de las *Noticias y extractos de los mss. de la Biblioteca del Rey*.

MIRKOND.—*Rouzat-el-safa*, ó sea *Jardin de la pureza*, publicado en griego y en latin por F. Wilken, Berlín, 1832, y en francés por SACY. *Memorias sobre las diferentes antigüedades de la Persia y sobre las medallas de los reyes de la dinastía de los Sasánidas, seguidos de la historia de aquella dinastía; traducido del persa por Mirkond*.

OMMIA JAHIA, *Lubb it Tawarich*, ó sea *La médula de los Anales*; traducido en latin por G. Gaulmin y A. Galland, tomo XVII de la *Coleccion para la hist. y la geografia de Busching*.

Consultense además:

ASSEMANN, *Bibl. orientalis*, en cuyo t. III está la *Chronologia regum persarum ex chroniciis Syriae*.

G. F. RICHTER.—*Historisch-kritischer Versuch über die Arsaciden und Sassaniden Dynastie*. Leipzig, 1804.

longóse la guerra con diferentes eventualidades hasta que los godos por una parte y los hunos y los cadúsios por otra, retiraron sus ejércitos, lo que produjo una tregua de cinco años. Recobró el imperio Amida, pero tuvo que someterse á un tributo de 11,000 libras de oro.

Adelantóse entonces Cobad contra los bárbaros, y entre otras operaciones sitió á Zudader, ciudad situada en las fronteras de la India, henchida de riqueza, pero cuya guarnicion estaba compuesta de demonios. Ni los magos, ni los sacerdotes judíos, ni de ninguna otra secta pudieron conseguir conjurarlos; un obispo cristiano fué el que lo consiguió. Merced á los tesoros de que se hizo dueño, concibió Cobad gran respeto por nuestra religion, lo que valió á los prelados cristianos ser admitidos en su corte y á su consejo, donde antes tomaban asiento los levitas y los magos (7).

Están llenos los anales de aquel tiempo de milagros de esta especie, repetidos con uniformidad; de intrigas de princesas, de humillaciones reales, de querellas de sacerdotes y de vilezas de historiadores.

Habíase aprovechado Anastasio de la tregua para fortificar aquella frontera, sobre todo á Dara, situada junto al Cardo, á quince millas de Nisibe y tres de Carres. La hizo ceñir con dos murallas entre las cuales pudiesen guardarse ganados: la muralla interior tenia sesenta piés de elevacion, las torres ciento; habíanse hecho numerosas barbacanas, dos galerías protegían á los combatientes en toda la estension del bastion y eran dominadas por una plataforma en lo alto de las torres. El recinto exterior de menor altura, pero de mayor solidez, era tambien defendido por torres, provista cada una de ellas de un baluarte cuadrangular; mientras que una avanzada media-luna impedía practicar minas en los parajes en que el terreno era susceptible de cavarse. Corría el agua del rio por un triple foso, y la plaza estaba provista de toda clase de máquinas para resguardar á los sitiados y ofender á los sitiadores. Tal era entonces el sistema de fortificacion.

La antigua Cólquide, famosa en las primeras tradiciones griegas por la expedicion de los argonautas, fué siempre un país turbulento; aun en los tiempos modernos, sus frecuentes rebeliones no dieron tregua al imperio otomano hasta que la Rusia la echó por tierra. En el tiempo á que nos referimos, habia logrado dominar la tribu de los lacios el territorio que se estiende entre el Euxino y el mar Caspio, estendiéndose por toda la comarca; desde tiempo inmemorial se gobernaba esta tribu por sus propias costumbres, bajo el poder de reyes nacionales, que reconocian, no obstante, la soberanía de los persas. Quiso Cobad hacer adoptar á aquel pueblo con respecto á los muertos, el rito de los persas, que los abandonaba

en un recinto para pasto de las aves de rapiña y de las fieras. Quejóse en un principio el pueblo, mas calló viendo que sus reclamaciones no eran escuchadas y se entregó á los romanos (422); y Zat su rey vino á Constantinopla para recibir el bautismo, por lo cual hizo un cargo Cobad á Justino, que se escusó diciendo que no habia querido violar las leyes de la hospitalidad y de la religion; no tan solo aceptó el shah sus razones, sino que le envió una solemne embajada para ofrecerle una alianza duradera, con la condicion de que adoptaría á Cosroes, su hijo segundo. De esta manera queria asegurar á su hijo predilecto el favor de los romanos, al cual destinaba al trono de Persia con perjuicio de Caosés; pero un prudente consejero hizo temer á Justino que Cosroes pretendiese algun dia el imperio por derecho de sucesion y desechó la propuesta.

Belisario y Narsés.—Irritado Cobad por esta doble afrenta, invade la Iberia, con intencion de atacar el imperio; pero en socorro del rey de este país envió Justino tropas mandadas por Sitta y por Belisario. Nacido este último probablemente en la Tracia (8), y no teniendo hasta entonces otro mérito que le recomendase más que su complicidad en los vergonzosos desórdenes de Justiniano, no era en aquella época sino un jóven; encontróse frente á frente Narsés, que le rechazó á la Armenia, y que bien pronto, habiéndose acogido á la bandera imperial, obtuvo el gobierno militar de Dara. Uno y otro tomaron una parte muy activa en las guerras que se sucedieron.

Mandó Justiniano á Narsés que construyese otro fuerte, pero los persas se quejaron, alegando que tanto número de fortificaciones ofendia á la paz; y como no fuesen escuchados, atacaron á los romanos, los rechazaron y destruyeron el nuevo baluarte. Declaróse pues la guerra (528), y Belisario, á la cabeza de considerables fuerzas, batió á los persas cerca de Dara, y yendo después en su persecucion, ocupó la Persarmenia.

Combinaron entonces los persas sus movimientos con los de los sarracenos, cuyo rey Al-Mondar, que conocia bien el país, les aconsejó que no entrasen en el territorio romano por la Mesopotamia y por el Osroene; sino que cayeran sobre la Siria y Antioquia, que les prometia un rico botin, pudiendo además servirse de este punto de apoyo para otras expediciones. Acudió Belisario para proteger á Antioquia; pero confiando demasiado su ejército en el valor de que estaba animado y en los prodigios, dió la batalla; fué vencido en Calico (530), y solo la habilidad del general pudo asegurar su retirada. Llamó entonces el emperador á Belisario, ya para castigar su derrota ó bien para consultarle sobre la guerra contra los vándalos; Sitta, que le sucedió, no pudo preservar á la Armenia de ser invadida y á Martirópolis de ser sitiada.

(7) CEDRENO, *Hist. comp.*

(8) PROCOPIO, *De bello vandálico*, I, II.

Cosroes el Grande.—Entre tanto murió Cobad en el palacio de Ctesifonte, pasando la tiara, según su voluntad, á Cosroes (531), temible por mucho tiempo á los romanos. No se había engañado su padre, al creerle capaz de realizar sus designios; está dotado de un genio vasto, de un alma y un cuerpo infatigables, y es célebre aun en las tradiciones orientales bajo el nombre de Nuschirvan, es decir, el Justo.

Pero el título de *Justo* debe entenderse con cierta reserva; pues lo mismo que los demás príncipes de su nación, antiguos como modernos, no tenía otra norma moral que su voluntad: jamás suspendió una guerra porque fuese inicua, ó porque costase mucha sangre ó muchas lágrimas; se libró del temor de una rebelión matando á dos de sus hermanos; condenó á muerte al valiente Merbode, á quien era deudor de muchas victorias, porque vaciló en asesinar á un niño. Restableció el culto del fuego, persiguiendo á los disidentes, si bien sometió después á examen las razones alegadas por las diversas sectas. En el reinado de su padre había predicado Magdac la comunidad de bienes y mujeres, é hizo tantos prosélitos, que Cobad se hubiera resignado á ceder su mujer y su hermana al nuevo apóstol, si no se hubiese opuesto á ello Cosroes. En cuanto este subió al trono, puso término á aquel uso indigno, y robusteció los fundamentos de la vida civil.

En el interior estableció el orden en la hacienda, organizando un nuevo repartimiento en los impuestos; dió impulso á las ciencias, las artes y sobre todo á la agricultura y al comercio. Cuidaba mucho de que se diesen los empleos á aquellos que los merecían; hacía vigilar de cerca á sus agentes, y castigaba con severidad á todo aquel que prevaricaba ó se apartaba de las leyes de Artajerjes I.

Dividió en cuatro visires la administración de su imperio, que lindaba con el Yaxartes, con el Indo y las fronteras de Egipto, extendiéndose hasta el mar, en Siria. Confió al primero las provincias limítrofes á la Tartaria y á las Indias; al segundo la Partia, la Armenia con lo demás que poseía á lo largo del mar Caspio; al tercero la Persia, propiamente dicha, y el territorio comprendido entre ésta y el golfo Pérsico; y al último, la Mesopotamia, la Caldea y los países quitados á los árabes y á los emperadores griegos. Todos los gobernadores eran de sangre real, y juzgaban sin apelación, salvo en caso de crimen capital.

Hizo construir la muralla de Magog, desde Derbent hasta la montaña opuesta, con el fin de cerrar la Persia á las naciones del Norte, y embelleció á Modain, particularmente la vivienda real, dando esto margen á que dijese un poeta persa: «Tus obras, ó Cosroes, desafían como tú las injurias de los tiempos, y participan de la inmortalidad que has sabido adquirirte.»

Hizo así mismo inscribir en su corona: «La vida más larga y el más glorioso reinado pasan como

un sueño, y nuestros sucesores nos acosan. Recibi de mi padre esta diadema que pronto pasará á otro.» Hacía en cada ciudad educar é instruir á los huérfanos á espensas del público, lo mismo que á los niños pobres; casaba á las jóvenes con gentes ricas, y hacia abrazar á los muchachos la profesión hácia la cual tenían disposiciones naturales. Fundó en Gondisapor una academia de poesía, de filosofía y de retórica; hizo redactar los anales de la nación persa y traducir los más célebres autores de la Grecia y de la India. Envió espresamente á esta última comarca para buscar las fábulas de Bilpay, al médico Perozo, el cual hizo también conocer á sus compatriotas el juego del ajedrez. Acogía benévolamente á los sabios extranjeros; así fueron siete filósofos griegos á visitarle, y á espresarle aquella admiración que el vulgo otorga con facilidad á los reyes.

Presidía asambleas de hombres instruidos, y como se preguntara en una de ellas cuál era la situación mas desgraciada, un filósofo griego dijo: «La vejez en la pobreza»; un indio: «El abatimiento de espíritu acompañado de violentos dolores;» pero Buzurgo Nuhir, primer ministro del rey, resolvió la cuestión de este modo: «El hombre más desventurado es aquel que vé acabársele la vida sin haber practicado la virtud.»

Extendió su dominación hasta el Ganges y una gran parte de la Arabia; sometió á su autoridad á los turcos, que se hallaban establecidos al Norte de sus Estados, y admitió en el número de sus mujeres á la hija del gran Kan. Recibía tributos de todas partes, y hasta los radjas de la India enviaron á Ctesifonte diez quintales de madera de aloe, una joven cuya estatura era de siete codos, y una alfombra más suave que si hubiera sido de seda; hecha, según contaban, con la piel de una enorme serpiente (9).

Los persas habían recuperado su valor y su disciplina, pues aunque los historiadores bizantinos quieren atribuir solamente al número cada una de las victorias de sus enemigos, siempre vemos á los persas imponer un tributo á los emperadores. Cuando estos eran débiles ó se hallaban ocupados en hacer la guerra á otros enemigos, pagaban con regularidad lo pactado: cuando eran príncipes belicosos, suspendían el tributo y tornaban á empezar la guerra. Acontecía lo propio si un shah ambicioso ó avariento de dinero ascendía al trono de Ciro: no resistía al deseo de atacar á un imperio que no podía sostener un ejército á gran distancia. Había pues una continua alternativa de guerras y de treguas, sin que resultara de todo una buena paz ni duraderas conquistas.

En los primeros días de su reinado le era necesaria la paz para robustecer su autoridad incierta;

(9) FOURMONT, *Historia de una revolución acaecida en Persia el siglo VI*, en las *Memorias de la Academia de Inscrip.*; tomo VII.

así prestó oído á las proposiciones que le dirigió Justiniano (533), acompañándolas con adulaciones indignas de la categoría suprema. Levantóse, en su consecuencia, el sitio de Martirópolis y se celebró una tregua: luego se hizo una paz perpétua, á condición de que el emperador pagaría al rey de los reyes once mil libras de oro y cada uno de ellos conservaría las ciudades tomadas durante la guerra.

Vándalos en Africa.—Justiniano fué inducido á tratar con el rey de Persia por el deseo de llevar la guerra á los vándalos de Africa; habiendo reclamado vanamente para aquella expedición el socorro de los etiopes, de los árabes imiaritas y de los hunos del mar Caspio, no por eso dejó de enviar contra los conquistadores del Africa á Belisario, á la cabeza de quince mil hombres escasos. Ya hemos visto (10) con cuanto valor los vándalos, partiendo de las estremidades septentrionales de Europa, la atravesaron completamente, y surcaron el Mediterráneo para establecerse en las costas de Africa, de donde Genserico arrojó á los romanos. Reservando para sí la Mauritania y la Bizacena, había distribuido á sus compañeros la Zeugitana, eximiéndola de toda clase de tributo. Esta comarca fué gobernada por los vándalos con una vara de hierro, y todos los moradores del campo fueron reducidos á servidumbre: conservaron sus bienes los de las ciudades, y así pudieron dedicarse á la industria y al comercio, á condición de pagar impuestos enormes. Todavía envenenó más el mal la diferencia de religion. Genserico pretendió estirpar con el hierro y con el fuego la religion católica, aplicándole las leyes promulgadas por otros príncipes contra los herejes, y solo á instancias de Zenon se contuvo. Mil veces le asaltaron los moros, enemigos implacables de todo el que llega á fijarse en el territorio africano; pero les batió y les obligó á pagar un tributo anual. De esta suerte fundó uno de los mayores Estados salidos del desmembramiento del poder romano, pues no contaba menos de cuatrocientos cuarenta y seis obispados. Genserico mandaba á ochenta mil soldados, todos de la nación conquistadora, además del mar que sus escuadras recorrían como suyo.

Pero con Genserico acabó (477) la prosperidad del reino de los vándalos. Establecidas nuevas naciones en las costas del Mediterráneo, rechazaron con valor sus piraterías y encontraron una resistencia enérgica donde esperaban hallar un rico botín. Por otra parte, su aislamiento con respecto á los otros bárbaros, el calor del clima y las artes de la paz, les habían enervado en tal disposición, que no desmerecían de ninguna nación civilizada en la delicadeza de sus mesas y el esquisito gusto en sus trajes de seda, sin ser tampoco inferiores en sus jardines, conciertos, danzas y en todos los placeres sensuales.

Hunerico.—El innoble Hunerico, que no heredó

más que los vicios de su padre, dejó libres en un principio á los católicos, sostuvo buenas relaciones con Constantinopla y cedió la Sicilia á Odoacro, mediante un rédito anual. Pero de repente las tribus moriscas de la Numidia, que habían ocupado los suyos, empiezan á asolar sus provincias sin que pueda llegar á detenerlas: pronto se arranca la máscara su crueldad; escluye á los católicos de todos los empleos; destierra á Córcega y condena á cortar la madera destinada á su escuadra á tres mil entre sacerdotes y obispos, á quienes acusa de haber querido convertir á su pueblo; despues se le ocurre convocar á los obispos católicos y arrianos: y decretó que las iglesias de los omousios serian cedidas con sus bienes á los verdaderos adoradores de la naturaleza: de esta manera era como se denominaba á los arrianos. Se arrojó, pues, á los católicos, y cualquiera que recibía de ellos los sacramentos pagaba una multa de 10 dineros de oro; todo *ilustre* debía pagar 500; todo *respectable*, 400; los senadores y los eclesiásticos 300. Fueron los obispos llevados sin consideracion de cárcel en cárcel hasta el desierto, sin más consuelo que los lamentos del pueblo; las virgenes consagradas fueron objeto de una inquisicion impúdica, despues las sometieron á horribles tormentos para hacerlas confesar que habían sido violadas por los obispos. No faltaron milagros en medio de los suplicios, y el de los desgraciados que continuaron hablando despues de haberles arrancado la lengua no es el de menos nota (11).

Fin de Hunerico.—El orden de sucesion instituido por Genserico llamaba al trono al de más edad de su familia; institucion viciosa, de la que resulta que todo príncipe celoso de asegurar la corona á sus hijos se encuentra dispuesto á hacer degollar á todo pariente cuya edad les escluya. De esta manera fué como Hunerico dió muerte á su hermano Teodorico y al hijo de este, así como al hijo mayor de Genzon. No pudo, sin embargo, transmitir el reino á su hijo Hilderico; cuando murió consumido de fastidio, como Sila, tuvo por sucesor á su sobrino Gundemundo (484).

Sus sucesores.—Parece que la persecucion se disminuyó bajo este rey, que no supo oponer á los moros más que una débil resistencia (496). Su hermano y sucesor Trasimundo, fué el más ilustrado y el más grande de los reyes vándalos; era amigo

(11) Además de los autores eclesiásticos y de Procopio, que no es monge ni crédulo (*De bello vand.*, I, 8), está probado el hecho por el conde Marcelino; también lo está por Justiniano (*Cod. de off. pp. afr.*, lib. I); y véanse en fin las palabras del filósofo platónico Eneas de Gaza: «Yo mismo los he visto y les he oído hablar, no sin admirarme de que su voz fuera tan bien articulada. Buscaba el órgano de la palabra, y no pudiendo creer á mis oídos, quise asegurarme con mis propios ojos. Les abrí la boca, vi que la lengua les había sido arrancada de raíz, y tanto me admiraba el que hablasen como el que vivieran.» ¿Qué valor debe concederse á estas pruebas?

(10) Libro VII, pág. 490.